

habian decidido ofrecerse todos en obediencia perpetua y firme á él y á sus sucesores, fundando perdurable compañía que los defendiese hasta la muerte. Oyó esto con gran contento el Papa, quien estaba muy pagado de las lecciones dadas y de las obras hechas y de los sermones pronunciados por los fundadores de la compañía. Leyó, pues, los proyectos presentados; y túvolos por buenos. Mas no bastaba, no, á los compañeros de Jesus esta confirmacion verbal, necesitábanla escrita, y escrita la pidieron. Sometió tal asunto el Pontífice á tres cardenales de la Iglesia católica, quienes contradecian reciamente y procuraban que no tuviese efecto la pedida confirmacion. Fundábanse para ello en lo estatuido por el Concilio Lateranense bajo Inocencio III, y el Concilio Londonense bajo Gregorio X, de todo en todo contrarios á la multiplicacion de las órdenes religiosas, por verlas caer del fervor primitivo con que comienzan y se inician muy luego en irremediable decaimiento. Creian ellos mas conveniente al esplendor de la Iglesia reformar las órdenes antiguas que estatuir nuevas y desconocidas. A pesar de estas oposiciones, llamó el Papa tal asunto á sí personalmente; y decidió por sí la confirmacion. Presintiendo los servicios, que habia de prestar, dijo como veia en aquella obra el dedo de Dios. Y quedó por tal manera confirmada la Compañía de Jesus, á 27 de setiembre del año 1540, fecha famosísima y trascendental en los anales de la revolucion y de la reaccion religiosa.

CAPITULO V

PROPÓSITOS DE LA COMPAÑÍA Y ELECCION DE SU PRIMER GENERAL

La decision de fundar la nueva sociedad fijóse tras la estancia larguísima en Venecia y el malogro evidente de la peregrinacion á Jerusalem. Los escrúpulos, propios de San Ignacio, se muestran á una en las precauciones que tomaba para su obra y en la lentitud con que se apercibia y preparaba para concluirla y perfeccionarla. Un año hacia que gozaba las prerogativas espirituales del orden sacerdotal, y en este año no habia sido osado á decir misa. El que allá en sus ejercicios espirituales disponia con tal acierto el ánimo á ver y tocar materialmente la persona de Cristo, como de bulto y de relieve, no queria presentarse al ara santa con sus trajes litúrgicos para recibir á su Dios en la hostia consagrada por sus labios, sin creerse completamente digno de acto tan extraordinario, en que la criatura crea casi á su Divino Criador. Escogió Ignacio para esta ceremonia la Noche Buena de 1538, y díjola en la capilla del pesebre conservado en Roma y en Santa María la Mayor, entre otras muchas reliquias mas ó menos auténticas.

Los días precedentes á la fundacion de aquella nueva orden fueron días de alucinaciones. El fundador no hacia mas que orar, y en sus oraciones pedir, hasta la importunidad, á Cristo su auxilio y su socorro. Cuando la idea máxima de Dios, por su natural infinidad, le abrasaba la vista, no cabiéndole apenas en el cerebro, interponia entre aquella lumbré vivísima y la órbita de sus ojos enardecidos, el melancólico astro que, reverberándola y entibiándola en su esfera, la trasmitia mas dulce y suave, haciéndola penetrar hasta las entrañas del corazon y difundirse con su calor suavísimo por

todas las venas del cuerpo. Acabados sus estudios, poseedor de todas las prerogativas sacerdotales, circuido de un apostolado que formaba ya el núcleo de los nuevos ejércitos del Papa, la meditacion y la contemplacion se sobreponian á todos sus ejercicios, y produciendo, ayudadas por el ayuno y la maceracion y la penitencia, sus naturales efectos, veia con vision verdaderamente material como una estatua viva que delante de sí tuviera, como un cuadro animado y completo, la persona ora de María, ora de Cristo, que le hablaban cual si hubieran descendido para él solo desde las alturas del cielo á los abismos de la tierra.

Un dia, estando en las cercanías de la Ciudad Eterna, sobrecogióle aquella vision, á cuyas revelaciones debióse la denominacion tomada por la Compañía, y el propósito, ya irrevocable, y la circunstancia ocasional de fundarla. Pocos sitios en el mundo tan idóneos para despertar la meditacion espiritual como este sitio sublime de los alrededores de Roma. Las plantas, alimentadas por la humedad de las lagunas pontinas y agarradas á los fragmentos de los escombros colosales, exhalan una especie de vapor incierto entre aquel gran espacio terrestre y el cielo azul extendido como para recibir y dibujar las mas sublimes ideas que pueda tener el humano pensamiento. Unid á esto ruinoso iglesia, perdida en aquellos desiertos, sobre cuyos arcos las zarzas y los jaramagos se aglomeran, y en cuyos huecos, mal encubiertos por cualquier escultura medio rota y por cualquier fresco medio borroso, anidan las aves nocturnas; y vereis cuán pronto la oracion dicha entre todos aquellos objetos sacrosantos y acompañada por todos los rumores de la sublime naturaleza, dibujan en las nieblas áureas la figura de Cristo con su cruz á cuevas y su corona de espinas en las sienas, dispuesto de nuevo á sacrificarse y morir por la humanidad tan realzada en aquellos sublimes é incomparables paisajes. Ignacio, pues, viendo, cual si estuviera presente, al Salvador de los hombres, decidió poner el sagrado apellido de Jesus á la Compañía, en señal de que Cristo estaba con ella y en ella, por un milagro de su divino amor, hasta la consumacion de los siglos. Presentado tal proyecto, como hemos visto, al Pontífice, lo confirmó con su aprobacion soberana, y una vez confirmado, comenzó aquella obra de reaccion violenta y tenacísima contra la revolucion religiosa, que habia de aumentar los crueles combates de la historia y las terribles angustias del espíritu.

No puede comprenderse con toda su verdad la intencion que movió esta grande obra, si el pensamiento de quien la contemple no se traslada con prontitud á los tiempos mismos de su aparicion y al estado intelectual de sus fundadores. Ignacio, hijo de las montañas vascas, tan fecundas en soldados heróicos y marinos audaces; criado en una corte guerrera, que habia concluido con épico epílogo la gigantesca lucha de siete siglos seguidos; capitán de los tercios imperiales, asombro del mundo con sus banderas, con sus armas; al verse imposibilitado por completo, merced á sus heridas crueles, de perseverar en aquella profesion guerrera propia de sus vocaciones íntimas, convirtió pensamientos y ojos al cielo para estatuir una milicia espiritual que defendiese á Cristo y á la obra de Cristo, es á saber, al Pontificado y á la Iglesia. Combatir por combatir: hé ahí lo primero que se propuso en su casa de Loyola y en su gruta de Montserrat. Pero luego, al irse por el mundo y topar con tantos herejes y tantas herejías; al entrarse por las aulas de Salamanca ó de Alcalá y ver cómo se preparaban los argumentos en las cátedras, cual pudieran prepararse las armas en terribles armerías; al conocer toda la pujanza de los herejes luteranos y de las ciencias heréticas, decidióse con decision irrevocable á fundar su ejército espiritual, con el firme propósito y el lógico fin de lanzarlo, como una máquina de guerra horrible, contra Lutero y el luteranismo.

Es necesario fingirse un católico de aquel tiempo, y un católico de la exaltacion de Loyola, para comprender su odio y su horror al luteranismo. Nosotros, despues de un siglo de revolucion religiosa y de otro siglo de filosofía racionalista, y de otro siglo de revoluciones tan radicales como la revolucion francesa y la revolucion americana; bajo el régimen parlamentario, con el respeto á las creencias en nuestras costumbres y la libertad de pensar en nuestras constituciones y en nuestras leyes, no comprendemos fácilmente la enemistad implacable de un católico español del siglo xvi á la revolucion religiosa. Para comprenderla se necesitaria estar allí, vivir allí, contender allí, respirar allí; tener todas aquellas ideas, y en todas aquellas ideas beber los sentimientos y las creencias que de ellas naturalmente dimanar y fluyen.

Todavía podemos ponernos en aquellas corrientes, para hacer revivir

aquellas costumbres, si abrimos los libros de los escritores jesuitas y medítamos sobre los propósitos que animaban á la militante Compañía. Soldados, y soldados tan solo, buscaba en ella la Iglesia. Razon será, pues, que consideremos el ánimo de sus fundadores, y su estado intelectual y moral, para que, de algun modo, podamos rastrear sus propósitos y sus pensamientos. Al hojear y leer los primeros libros jesuíticos, imagináis topar con libros de táctica ó estrategia militar. No se habla en ellos mas que de plazas inexpugnables, de fuerzas bélicas, de baluartes defensivos, de trincheras levantadas para formidables sitios, de guarniciones puestas en seguro presidio, de vituallas, pertrechos, y todo lo necesario á sostener con empeño una formidable guerra. Aquel Cristo inerme, humilde, llagado, que ha vivido en la predicacion tan solo, y que ha muerto en la cruz; enemigo de las armas como seguro del poder de las ideas; que retiene la espada de Pedro é intercede con el Divino Padre por sus perseguidores y por sus verdugos; aparece como un capitán, armado de todas armas, caballero en aligero troton, guiando las huestes del jesuitismo á singular batalla con Lutero y con los luteranos, representantes legítimos de Luzbel y de su infierno.

La bula pontificia en que la Compañía se confirma, declararála instituto destinado á extender la fe y á defenderla en todo instante del tiempo y en todo sitio del espacio. Los comentadores de tal documento declaran que la fe se dilata y extiende entre los gentiles y se defiende y salva entre los herejes. De suerte, que la Compañía consagrará una parte de sus soldados al mundo primitivo que surgia del seno de las no surcadas ondas, y otra parte al mundo europeo, surgido del seno de los nuevos pensamientos. Para un jesuita, Europa estaba completamente perdida sin remedio, despues de aquella revolucion religiosa sin freno. Habia, pues, necesidad suprema de salvarla. Leyéndolos á ellos superficialmente, salta, desde luego, á la primera ojeada, que la Iglesia padecia gravísimas é irreparables calamidades por el menoscabo de su autoridad conseguido al influjo letal de la herejía. Nada tan curioso como ver la impresion producida en el ánimo de los jesuitas por las revoluciones de aquel tiempo y por las ideas de los innovadores. Los paganos de los últimos dias del Imperio, delante de Constantino y de Teodosio; los Estuardos y sus adeptos delante de Cromwell ó de Orange; los emigrados franceses de

Coblentza delante de la República y sus victorias; los legitimistas españoles delante del régimen constitucional, pueden únicamente darnos aproximada idea del estado que tenian los ánimos en aquella Compañía jesuítica, desde sus comienzos consagrada por completo á combatir y exterminar en todas sus manifestaciones la revolucion religiosa.

Fuego infernal ó pestilencia pegajosa, cuando menos, llaman los comentadores de la obra de Ignacio á la obra religiosa y social de Lutero. Segun ellos, este pecaminoso engendro del diablo nació el año 83 de la xv centuria en Sajonia, provincia de Alemania, para destruccion y ruina de los nacidos. Pero aquel mismo año de 1521, en que se quitó la máscara el protervo, y descubiertamente publicó la guerra contra la Iglesia católica, Dios quiso herir sobre la ciudadela de Pamplona las dos piernas al padre Ignacio, para sanarle de todas las ambiciones del mundo, y convertirle, por misericordioso milagro, de capitán vano y mundanal en capitán y caudillo y defensor de la Iglesia contra Lutero y sus abominables ejércitos, suscitándole á socorrer y ayudar á la fe católica en su mayor necesidad, como suscitó un San Pedro contra Simon, el Gnóstico, un Atanasio contra Arrio, el enemigo de Cristo, un Cirilo contra Nestorio, el enemigo de María, un Jerónimo contra Manes, el dualista, un Agustino contra Pelagio, el liberal. Así como, en el mismo día nacieron el propagador de la herejía pelagiana que iba de suyo á combatir la divina gracia, y el restaurador de tan sublime dogma, en un año mismo surgió la rebelion luterana y la triaca jesuítica, opuesta por Dios á tan corrosivo veneno. Ni Santo Domingo y San Francisco, llegados á la vida cuando rasgaban los senos de Europa las sectas albigenses; ni las legiones caballerescas y militares fundadas cuando hallaban los cruzados tantos obstáculos en sus providenciales caminos, pueden compararse de modo alguno en grandeza, y sobre todo, en oportunidad, con esta Compañía de Jesus, tan mística como los franciscanos, tan predicadora como los dominicos, tan militar como los templarios, suscitada por Dios mismo en medio del diluvio universal, como el arca donde van los penates del Viejo Mundo, la virtud del catolicismo secular y la supremacía del romano Pontífice. Tal decian de su propia órden los envanecidos jesuitas.

Lutero, en su sentir, no era mas que un fraile miserable y desventurado,